

Etimologías griegas en el diccionario de Corominas y en el *Nuevo diccionario histórico del español*: observaciones críticas sobre objetivos y métodos en dos obras de referencia

Greek etymologies in Corominas' dictionary and in *Nuevo diccionario histórico del español* (*The new Dictionary of the Spanish Language*): critical remarks on goals and methods in two reference works

JORGE BERGUA CAVERO

Universidad de Málaga

Facultad de Filosofía y Letras. Despacho 614

Campus de Teatinos.

29071 Málaga (España)

bergua@uma.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7225-2918>

Recibido: 01.11.2017 Aceptado: 16.02.2018

Cómo citar: Bergua Cavero, Jorge, "Etimologías griegas en el diccionario de Corominas y en el *Nuevo diccionario histórico del español*: observaciones críticas sobre objetivos y métodos en dos obras de referencia ", *MINERVA. Revista de Filología Clásica* 31 (2018) 249-261

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.31.2018.249-261>

Resumen: El artículo pasa breve revista crítica a dos obras de referencia en la lexicografía del español, desde el punto de vista específico del helenista interesado en las etimologías. En contraste con el etimológico de Corominas-Pascual, que tiende a agrupar voces de origen griego y latino por su común filiación indoeuropea, el *Nuevo Diccionario histórico del español* aborda la etimología desde un punto de vista estrictamente histórico, y ofrece enormes posibilidades futuras al estudioso de los cultismos, aunque, en opinión del autor, dicho tratamiento puede dificultar la comprensión de algunos fenómenos fonéticos o morfológicos de adaptación de voces de origen griego en el castellano, es decir, de parte de la historia misma de esas voces.

Palabras clave: helenismos del español; etimología; diccionarios históricos y etimológicos.

Abstract: The article is a brief critical review of two reference works in the field of Spanish lexicography, from the specific point of view of Greek scholars interested in etymology. In contrast to Corominas-Pascual's etymological dictionary, which tends to group words of Greek and Latin origin

according to their common Indo-European ancestry, the NDHE (*New Dictionary of the History of the Spanish Language* by the Spanish Royal Academy of Language) treats etymology from a strictly historical point of view and offers countless possibilities to the scholars interested in learned words. However, as the author argues, such a treatment may sometimes impede the correct understanding of some phonetic or morphological phenomena which occur in the adaptation of Greek words into Spanish, i.e. the understanding of a part of the history of those words themselves.

Keywords: Greek words in Spanish; etymology; historical and etymological dictionaries.

Hace ya casi quince años, cuando redactaba la introducción a mis *Helenismos del español* (Gredos, 2004), señalaba el problema obvio de que nuestra lengua no contara hasta el momento con un *Diccionario histórico* digno de ese nombre, es decir, hecho sobre el modelo del impresionante y envidiable *Oxford English Dictionary* en veinte tomos, o de otros hasta cierto punto comparables, redactados en francés (el dirigido por Alain Rey) o en italiano. Para entonces era ya claro que el viejo proyecto de la RAE, iniciado por J. Casares y continuado por R. Lapesa y M. Seco, cuyos primeros fascículos aparecieron en 1960 y que sólo llegó a cubrir una parte de las letras *a* y *b*, no iba a ser completado, al menos en ese formato, mientras se anunciaba la confección de un nuevo diccionario en formato digital, basándose ahora en amplios *corpora* informáticos que ya se habían empezado a recoger por entonces (el *CORDE* sobre todo)¹. También señalaba en aquel prólogo que la gran obra de Corominas-Pascual, el DECH, terminado en 1991, tenía una utilidad relativa para el estudioso de las palabras españolas de origen griego, en la medida en que sus autores prestaban poca atención a los cultismos —terreno al que pertenecen la amplia mayoría de los helenismos—, aunque fuera por razones bien comprensibles: su etimología no suele ser problemática, al menos no en el sentido en que pueda serlo la de *barro*, *bruja* o *mondongo*, pero eso no quiere decir que dichas voces no presenten toda clase de particularidades fonéticas, morfológicas o semánticas dignas de la atención del lexicógrafo².

¹ Sobre los muchos méritos de la parte del *Diccionario histórico* que llegó a publicarse, así como sobre proyectos similares anteriores (el de la propia RAE en los años 30) o posteriores (diccionarios del español medieval como el de la Universidad de Wisconsin, etc.), cf. ÁLVAREZ DE MIRANDA (2011) 119-140; y también LAPESA (1992); SECO (1992) 93-107; y PORTO DAPENA (2000) 103-125. La obra francesa mencionada es la REY (2016).

² BERGUA CAVERO (2004) 12. La gran obra de COROMINAS y PASCUAL (1980-1991) se citará en adelante como DECH. Para la historia de los diccionarios etimológicos del español, incluyendo obras sólo tangencialmente clasificables como tales, como las de Covarrubias o Cuervo, cf. PORTO DAPENA (2000) 113-124; aquí también puede leerse sobre los objetivos del diccionario de GARCÍA DE DIEGO (1985), de muy poca utilidad para el interesado en los cultismos de origen griego. Una introducción actual al problema general de la etimología la ofrece NIETO BALLESTER (2017).

Algunos años más tarde, la situación ha cambiado hasta cierto punto, al menos por lo que respecta a las obras históricas, y por tanto creo que merece una reflexión al respecto, reflexión que aquí voy a hacer desde el punto de vista exclusivo del helenista. En efecto, después de varios años de planificación, en el año 2013 arrancó por fin, accesible al público en línea, el *Nuevo Diccionario histórico del español* (en adelante, NDHE), dirigido por J. A. Pascual, que por estas fechas que escribo (2017) lleva incorporadas, si no me equivoco, unas mil quinientas entradas. Es poco, desde luego, comparado con el enorme caudal léxico de la lengua (se calcula que el diccionario completado podría llegar fácilmente a las 300.000 entradas); pero es más que suficiente para constatar cuál es la línea que se va a seguir, y para hacer algunas observaciones al respecto, especialmente en relación con el DECH —que, al fin y al cabo, y a pesar de sus objetivos declaradamente distintos, puede considerarse en más de un sentido su antecesor directo.

Es claro que un diccionario etimológico —que es bastante más que un diccionario con etimologías— y uno histórico tienen presupuestos y objetivos distintos, por más que la etimología, según la entendemos desde el siglo XIX, no sea sino un aspecto más de la dimensión histórica que tiene toda palabra y toda forma de lenguaje; por lo mismo, la distinción entre una y otra clase de obras no siempre es sencilla o tajante. El etimólogo indaga el origen de la palabra, remontándose a menudo más allá de su étimo directo para ir a buscar una fuente más remota; mientras que el lexicógrafo histórico, sin desdeñar la etimología, al menos como punto de partida de su labor, está interesado sobre todo en describir y explicar los avatares experimentados por esa voz dentro de su lengua, hasta la actualidad.

Así Corominas, como buen etimólogo, no dudaba en transmitir a menudo información sobre la relación que el étimo en cuestión guarda con otras palabras dentro de su lengua (por ejemplo, al señalar s. v. *monstruo* que el lat. *monstruum* era seguramente derivado de *monere* 'avisar'). Por lo mismo, tendía a agrupar las palabras por amplias familias léxicas —por ejemplo, todas las terminadas en *-jeto*, *-yecto*, *-yección*, etc—, con criterios que explica en su lugar, y, como él mismo dice:

por esta razón me he permitido también, con bastante frecuencia, agregar en apéndice los helenismos cuyo étimo griego es hermano indoeuropeo de la voz latina correspondiente, o es afín a la misma de alguna manera: así las palabras en *deca*-figuran en el artículo *diez*³.

Este afán etimológico, por así decir, de más *longue durée*, se ve reflejado en un buen número de entradas del DECH: bajo el lema *elegir* encontramos tanto

³ DCEH (1980-1991) XVIII-XIX.

elección, electorado, etc., como los helenismos *eclético* o *égloga* (todos ellos remontables en última instancia a una raíz verbal PIE *leg-); bajo *pie* encontraremos *pedestre*, pero también términos como *podagra* o *trípode*; bajo *dar* encontramos tanto *dato* como *dosis* o *apódosis*; bajo *yegua* aparece *equino* pero también los helenismos *hípico*, *hipódromo*, etc.; bajo *semi-* hallamos también helenismos con el prefijo “hermano” *hemi-* (*hemisferio*, etc). Si nos fijamos ahora en los números cardinales, en casi todos los casos se consignan bajo la entrada de origen latino los cultismos formados con el prefijo griego equivalente (*seis* con *hexa-*, *siete* con *hepta-*, etc.), incluso en aquellos casos en que la similitud fonética entre latín y griego son, cuando menos, remotas para un lector estándar del diccionario (tal es el caso, por ejemplo, de *ciento* < *centum* y gr. *hec(a)to-*, o de *cinco* < *quinque* y gr. *pente-* o *penta-*)⁴.

Por cierto que, cuando Corominas apuntaba la posibilidad de que la voz latina y la griega sean “afines de alguna manera”, suponemos que podía referirse a casos como los del vocabulario de tipo preindoeuropeo, a veces vagamente llamado “mediterráneo”, en los que la relación exacta entre ambos términos, a menudo fonéticamente divergentes, es muy difícil de establecer (préstamo temprano de una lengua a otra, sustrato común a ambas regiones, “palabras viajeras”, etc.). Podríamos citar como ejemplos representativos de ello la inclusión en el artículo *rosa* del *rododendro* (lat. *rosa*, gr. *ródon*) o la de *sicofanta* en la voz *higo* (lat. *figus*, gr. *σῦκον*). En este contexto, sería útil recordar que las fuentes lexicográficas utilizadas por Corominas-Pascual para las lenguas clásicas, que son básicamente el diccionario etimológico del latín de Ernout y Meillet (1959) y en parte el de Walde y Hofmann (1954), están ya muy desfasadas, como es lógico dado el considerable lapso de tiempo, y, además, que la investigación en el campo de la reconstrucción del indoeuropeo ha producido en los últimos años diccionarios etimológicos del griego y del latín que suponen un avance real en este campo de los “sustratos” y, en general, en todos los demás aspectos de su historia⁵.

Parece, en todo caso, que Corominas se dejaba guiar por cierto sentido común etimológico, agrupando voces de origen latino con otras de origen griego cuando había un parecido más o menos visible entre ambos étimos clásicos, y descartando

⁴ Por esta razón, cabe suponer, en el caso de *cien* y de *cinco* la versión abreviada (COROMINAS 1973) prefería separar las entradas de ambos orígenes (lo mismo cabe decir de *estar* y *estático*, o de *pie* y *podagra*). Por otra parte, algunos emparejamientos etimológicos del DECH son francamente inaceptables desde hace ya muchos años, como el de *padecer*, *pasión* (*pator*, etc.) con *patético* y demás derivados de *πάθος, πάσχειν* “sufrir”.

⁵ Nos referimos a las obras de BEEKES (2010) y DE VAAN (2008). Mientras el segundo de ellos no se ocupa, en principio, del léxico latino si no es de origen indoeuropeo, en BEEKES, mucho más exhaustivo, hay un tratamiento muy sistemático (aunque, desde luego, discutible) del asunto del “Pre-griego” (puede ahora verse al respecto, además, su libro BEEKES [2014]).

en cambio —aunque las conociera bien— las relaciones demasiado remotas, sólo accesibles al versado en la reconstrucción del indoeuropeo; por ejemplo, evita emparejar en una misma entrada *hacer*, *fácil*, *fáctico*, etc., con *tesis* o *prótesis*, por más que ambas raíces, lat. *fa-* y gr. *θε-*, remonten al PIE **d^h(e)h₁*.⁶ Claro que también sería legítimo preguntarse qué se entiende por “parecido visible” cuando se incluyen bajo el mismo lema (*yegua*) derivados de lat. *equus* y de gr. ἵππος, sin más explicaciones que el uso de vagos términos como “hermano”, “equivalente” o “correspondiente”, en los que la relación genética, de derivación de un origen común, se da por asumida pero apenas se explicita como tal, dada la complejidad o la oscuridad en la evolución fonética o morfológica de los términos respectivos (que, desde luego, sería improcedente explicar en ese contexto)⁷.

Lo cierto es que el helenista, lejos de ver en ello un problema, agradecía esta forma de presentar la materia en DECH, convencido como uno está, por razones teóricas pero también profesionales, prácticas, de la utilidad de presentar griego y latín como parte de una unidad más amplia —las lenguas clásicas o sabias—, cuya mutua imbricación histórica e importancia efectiva en la historia de las lenguas romances no se puede comparar, en modo alguno, con ninguna otra. No es menos cierto, por otra parte, que con esa generosa actitud etimológica, que incluye el parentesco indoeuropeo, se corren peligros varios, como el de caer en sutiles dilemas fonéticos o semánticos, de los que, por mor de la brevedad, daré solo un par de ejemplos. Así, figuran en artículos distintos helenismos como *léxico* (incluido bajo *leer*, *lección*, *leyenda*, etc.) y *lógico* (que encabeza un artículo propio), a pesar de que los étimos griegos correspondientes son, desde el punto de vista indoeuropeo, pero también del propio griego antiguo, de una misma raíz, sometida a la apofonía o alternancia vocálica (*leg-/log-*) con distintas funciones morfológicas o semánticas. Al ser este recurso lingüístico, la apofonía radical, desconocido en las lenguas romances, se puede comprender que en general el DECH se desentienda de él en la organización de sus artículos⁸. El criterio de diferenciación semántica en latín explica o justifica, por otra parte, que haya entradas independientes para *leer* (*legere*) y *elegir* (*eligere*), razón por la que, a su vez, también aparecerán separados, en los artículos respectivos, *léxico* (λεγ- en el sentido de 'decir') y *eclético* o *égloga*

⁶ Aunque en un caso similar DCEH (1980-1991) se comporta a la inversa, incluyendo bajo *echar* (lat. *iacio*) el cultismo *paresia*, relacionado con el verbo ἵεμαι, equivalente griego de *iacio* (aunque fonéticamente esto no sea obvio en absoluto).

⁷ Un caso extremo de esta complejidad sería el de la pareja *anguila* (derivado en último término de lat. *anguis*) y *ofidio* (gr. ὄφις); sobre ambos étimos y su problemática relación, cf. los diccionarios de BEEKES (2010) y DE VAAN (2008).

⁸ Aunque no es el caso cuando se incluye *pod-agra* o *trí-pod-e* junto a *pie* < *ped-e(m)*, como hemos visto.

(λεγ-/λογ- en el sentido de 'escoger', más cercano al original de la raíz PIE, que sería 'recolectar, juntar, contar').

En cualquier caso, resulta obvio que una indagación etimológica exhaustiva nos llevaría a una búsqueda infinita en el tiempo y el espacio, que, por poner un solo ejemplo, podría inducir a incluir en el artículo *estar*, aparte de latinismos y helenismos (*estático*, *éxtasis*), voces de origen germánico como *estand* (o *stand*), o incluso más lejanas. Con buen sentido, dada la naturaleza de su obra, Corominas excluyó explícitamente esta clase de deriva (“por regla general he disociado las palabras germánicas, célticas, etc., de las afines latinas”⁹), como puede comprobarse consultando, por ejemplo, los artículos *ánzar* y *ganso*. Y es que esa forma de operar, llevada al extremo, conduciría más bien a la confección de un diccionario etimológico de tipo comparativo o acumulativo, en el que las entradas ya no serían voces castellanas sino étimos de otra lengua anterior (por ejemplo, el latín en el caso de Meyer-Lübke, o el indoeuropeo en el de Pokorny)¹⁰. Claro que no han faltado quienes, en otros países, se han embarcado en una tarea semejante, como es el caso de *The American Heritage Dictionary of Indo-European Roots* de Calvert Watkins, tan impresionante en su profusión de datos como farragoso en su utilización, incluso para el experto; y que, en todo caso, tiene la limitación de ser un diccionario que sólo explica las partes del vocabulario inglés que procedan de alguna de las ramas del indoeuropeo (básicamente germánico, latín, griego, y en menor medida céltico u otras)¹¹.

En el NDHE, en cambio, el enfoque va a ser estrictamente histórico, en el sentido de que no se trata de remontarse a los eslabones más lejanos de la cadena evolutiva, ni, cabe suponer, hacer alusión a los parientes indoeuropeos de un étimo latino o griego, sino que se acude a la que es o se supone la fuente *directa* de la voz castellana correspondiente, para luego contar la historia de esta última desde su primera aparición en adelante, con abundancia de testimonios de todas las épocas en que esté atestiguada. Esto no es óbice para que a menudo, en el caso por ejemplo de los numerosísimos helenismos ya presentes en latín, el NDHE, siguiendo en general al DECH, ofrezca una “doble capa” etimológica: así en *crótalo*, cuya etimología lo deriva “del lat. *crotalum* y esta, a su vez, del gr. *krótalon* ‘especie de castañuela’”. Aunque pueda parecer contradictorio con lo dicho anteriormente sobre los objetivos del diccionario, este tipo de información cuesta bien poco incluirla y es de gran utilidad para el interesado en las lenguas clásicas.

⁹ DCEH (1980-1991) XIX.

¹⁰ MEYER-LÜBKE (1935); POKORNY (1959). Cf. también el útil trabajo de MALKIEL (1976).

¹¹ WATKINS (2011). ROBERTS y PASTOR (1997) hicieron algo similar para el español, con ambiciones mucho más limitadas y resultados, desde luego, mucho menos convincentes.

Ahora bien, a este respecto señalan con razón Salas y Torres Morcillo que la costumbre de remontarse muy lejos en la cadena evolutiva, por ejemplo en el caso de los helenismos modernos, podría inducir en el lector la sensación de que el español “ha caminado, en la formación de nuevos términos, aislada e independiente de las demás [lenguas modernas]”. Y lo ilustran con el caso de *barómetro* (primer testimonio en 1705), que dan como procedente del fr. *baromètre* (1666), y evitan, como hacía el DECH, aludir a su formación en castellano con el “prefijo” *baro-*, del gr. βάρος 'peso', etc.¹². Gracias a la utilización informatizada de amplios *corpora* documentales en el NDHE, es de suponer que muchas de las entradas referentes a helenismos modernos cambiarán considerablemente respecto al DECH, y desde luego respecto a diccionarios etimológicos más elementales o de ambiciones escolares, de los que ya señalaba —y me lamentaba— en su día que casi siempre dejaban de transmitir informaciones básicas sobre la voz en cuestión (por ejemplo, su fecha de aparición, o si existía ya en griego, quizá con un significado distinto, o era un compuesto de acuñación moderna, etc.)¹³.

El resultado de esta forma de tratar estas voces en el NDHE será, previsiblemente, la constatación documentada de algo que ya sabíamos: que buena parte de los helenismos científicos y técnicos, aunque también en parte los del campo de las humanidades, han llegado al español, sobre todo del siglo XVIII en adelante, procedentes del francés, el inglés, el latín científico (especialmente en el caso de la nomenclatura biológica) o, en menor medida, del alemán o el italiano, aunque la general uniformidad en su adaptación fonética y morfológica al castellano pueda sugerir un proceso independiente, autóctono. Un diccionario histórico del español no puede, en efecto, sino contar sin tapujos la historia del país que habla dicha lengua, y, para qué vamos a engañarnos, en los últimos siglos la aportación hispánica a las ciencias y las técnicas —y por tanto a su vocabulario— ha sido más bien escasa, por no decir marginal.

Ahora bien, aun reconociendo las dolorosas evidencias históricas, considerar términos como *barómetro* o *tifoideo* simplemente como galicismos o anglicismos supondría, desde nuestro punto de vista, una equivocación de concepto, o en todo caso una reducción excesiva, por no contar toda la verdad del caso. No se trata de que en último término los formantes de *barómetro* sean, obviamente, de origen griego, pues ya se ha descartado, y de forma justificada, remontarse sistemáticamente a las etapas más antiguas del término en cuestión. Se trata de que, en un caso como el que estamos comentando, la voz francesa o inglesa correspondiente experimenta en el curso de su adopción al castellano una serie de transformaciones que sólo pueden explicarse por la previa existencia en la lengua

¹² SALAS y TORRES MORCILLO (2015) 28.

¹³ BERGUA CAVERO (2004) 14.

de otros helenismos —generalmente tomados a través del latín— que imponen una fisonomía determinada al nuevo término. Y un diccionario histórico, en mi opinión, no debería desentenderse de esta clase de procesos, al menos si, haciendo caso a David Pharies, admitimos que un diccionario etimológico

puede limitarse, por ejemplo, a la identificación de un precursor de una unidad léxica, sin ocuparse de los cambios fonéticos, morfológicos y semánticos que hayan podido intervenir entre los dos. En cambio, el diccionario histórico se propone explicar *la totalidad de la evolución* de un elemento desde un determinado punto en el pasado hasta el presente¹⁴.

Al hablar de esas transformaciones me estoy refiriendo, claro está, a la transcripción y acentuación, por un lado, a la asignación de género, por otro, y eventualmente a cambios semánticos. En cuanto al acento, es obvio que si *barómetro* se convierte en un esdrújulo en castellano —contra la acentuación “aguda” francesa (*baromètre*), que además favorecería en **barometro* la acusada tendencia de nuestra lengua a la palabra llana—, es por la previa existencia en el idioma de cultismos como *dímetro*, *hexámetro* o *diámetro*, cuya acentuación refleja fielmente la del latín (*dímeter* o *dímetrus*, etc.), que a su vez, como lengua que era dotada de un acento prosódicamente determinado, adaptaba a sus condiciones particulares, cuando el caso lo requería, la acentuación original griega (coincidente en el caso de *δίμετρος*, *διάμετρος*, divergente en muchos otros)¹⁵. En este sentido, se puede decir con fundamento que *barómetro* no es un galicismo en la misma medida en que lo es *anodino*, cuya acentuación llana, aberrante respecto al griego (*ἀνώδυνος* ‘que calma el dolor’) y, lo más importante, al latín (*anódynos*, voz muy infrecuente), se debe sin duda a haber sido tomado directamente del francés —en el que ya en el XVII se registra *anodin* con su acepción moderna de ‘insignificante’—, influyendo además el hecho de no formar parte de una serie léxica definida previamente¹⁶.

Algo similar podríamos decir del género —o del morfema final de palabra que suele marcarlo—, sobre todo en el caso de los préstamos del inglés, cuyos sustantivos carecen de esa determinación morfológica; pero también es válido para el francés, cuya terminación indistinta en *-e* muda ha favorecido a menudo, en helenismos españoles tomados por mediación de esa lengua, el cambio de terminación (por ejemplo en *στρατηγός* > *strategus* > fr. *stratège* > *estratega*) o

¹⁴ PHARIES (2002) 14 (subrayado nuestro).

¹⁵ No viene al caso entrar aquí en la cuestión de la vacilación del latín en la acentuación de las palabras con grupos interiores de oclusiva seguida de /l/ o /r/ (*genetrix*, etc.).

¹⁶ *Anodino* ya figura en la obra del médico Andrés Laguna, pero es improbable que en este autor, que parece usarlo como un helenismo “crudo”, tuviera la acentuación actual. Sobre la influencia francesa en la acentuación de helenismos españoles, cf. BERGUA CAVERO (2004) 77-79, y más en general GARCÍA YEBRA (1999).

incluso de género (cf. *μολύβδαινα* fem. > fr. *molybdène* > *molibdeno*). De ahí que, en un caso como el de los compuestos en *-metro*, podamos decir que la asignación constante de género masculino a voces procedentes de otras francesas o inglesas, en *-mètre* o *-meter*, cuya caracterización genérica es a veces débil o inexistente, se debe, al menos en parte, a la existencia previa en español de compuestos masculinos con esa terminación —aparte, claro es, del simple *metro*, ya usado por el marqués de Santillana.

Es decir, que quizá habría que evitar, por huir del viejo pan-helenismo etimológico, caer en una especie de pan-anglicismo o pan-galicismo, pues lo cierto es que esta clase de voces cultas o científicas se inscriben en un conjunto bien delimitado, que cuenta además con sus normas de transcripción inveteradas —con un comportamiento bien distinto entre las lenguas germánicas, el latín y el francés, por un lado (con sus grafemas *ph*, *th*, *y*, etc.), y el italiano, catalán o castellano, por otro¹⁷. Tanto es así que, en muchos casos, es casi irrelevante averiguar —si es que la naturaleza de la documentación lo permite— si se trata de una voz tomada del inglés o del francés, o del latín científico, pues el resultado castellano sería el mismo en todos los casos. Me permito citar de nuevo a Pharies, autor de un excelente diccionario de sufijos españoles, etimológico pero también en buena medida histórico:

Incluso en los casos donde el francés figura en la transmisión de cultismos, su papel es invisible; los eruditos españoles, viendo quizá la utilidad de un cultismo en francés, acuñan un equivalente español, pero no a partir del cultismo francés, sino directamente del original latino o griego¹⁸.

Esta clase de cultismos y tecnicismos, sobre todo los compuestos, se inscribe así dentro de un grupo bien definido en el idioma, de forma que el hablante, por muy ignorante que sea de cuestiones etimológico-históricas, es, hasta cierto punto, capaz de identificar y entender sus formantes o “combinemas” (*metro*, *foto*, *logo*, *leuco*, etc.) como algo más o menos familiar en el vocabulario ya existente; su forma de “digerirlos” sincrónicamente es, en este sentido, muy distinta a la que opera en los préstamos aislados de lenguas modernas, europeas o no (por ejemplo, *fútbol* o *iceberg*, respectivamente del ing. *foot-ball* y del ing. *ice-berg* < hol. *ijs-berg*

¹⁷ Estas normas de transcripción están expuestas en muchos lugares, por ejemplo en BERGUA CAVERO (2004) 58-71.

¹⁸ PHARIES (2002) 20.

'montaña de hielo'; o, de forma más drástica, en *harakiri*, de una voz japonesa que significa 'corte del vientre')¹⁹.

En cualquier caso, la precisión histórica unida a la implementación conceptual del NDHE resulta de gran interés en la medida en que, gracias a sus herramientas informáticas, este diccionario ofrece nuevas formas de presentar gráficamente las relaciones complejas entre étimo y voz castellana, y también entre palabras de una misma familia (es decir, aquellas que tienen su origen en una misma voz castellana, no extranjera). Veamos un caso típico de cultismo científico tratado sumariamente en el DECH, el de la voz *difteria*. Si el diccionario etimológico se limita a decir que es “derivado culto del gr. *διφθέρα* ‘piel’, ‘membrana’”, lo cierto es que su terminación *-ia* merece una explicación, y el NDHE nos la sirve puntualmente: el médico francés Bretonneau (s. XIX) creó la voz *diphthérite*, a partir de la cual se “reconstruyó” más tarde el término más simple *diphthérie*, que es de donde viene (1852) el español *difteria*.²⁰

Y no sólo eso. Si desplegamos el grafo que se nos ofrece al pinchar en “Familia”, podremos ver de forma sinóptica todas las palabras españolas involucradas, y su relación con las francesas correspondientes: veremos así que de *diphthérie* se derivan los adjetivos *diphthérique* (y de él *diftérico*) o *diphthéroïde* (y de aquí *difteroïde*), de *diphthérite* se deriva *diphthéritique* (y de ahí *difterítico*), etc. Toda la familia de *difteria* queda así presentada de forma gráfica, explicitando su relación precisa con las palabras francesas de las que se han tomado. Ahora bien, este encomiable afán de precisión histórica tiene sus límites, y ello por varias razones. Una ya la hemos mencionado: el resultado en español va a ser previsiblemente el mismo, ya se tome la voz correspondiente del francés, el inglés o el latín, con lo que la averiguación precisa de su origen concreto puede resultar a veces sumamente ardua, si no imposible.

Pero más importante aún, creemos, es lo que ya se ha apuntado antes: que el español, como las lenguas románicas en general, ha asumido ya como suyos una serie de sufijos o de procedimientos de derivación y composición de origen greco-latino, y no necesita en realidad de un modelo extranjero, pongamos por caso, para crear por su cuenta un adjetivo esdrújulo en *-ico* sobre un sustantivo ya existente

¹⁹ De ahí que estos “combinemas” cultos (que otros prefieren considerar “afijos”) merezcan un tratamiento específico al hablar de la formación de palabras en español u otras lenguas modernas, como hemos argumentado con detenimiento en BERGUA CAVERO (2004) 191-194.

²⁰ Lo que no explicita el NDHE es que *diphthérite* (de donde también esp. *difteritis*) es un neohelenismo que encaja perfectamente en uno de los usos habituales del sufijo griego *-itis*, que es el adjetival femenino para designar enfermedades —como en νόσος ἄρθριτις, propiamente “enfermedad de las articulaciones”—, pero que por omisión de “enfermedad”, acabó por convertirse en un sufijo sustantivador por derecho propio *-itis* (sólo que en francés, a diferencia del español, la transcripción será siempre en *-ite*, como en *otite* o *sinusite*). Cf. BERGUA CAVERO (2004) 153.

(por ejemplo, *cárnico* sobre *carne*), o un adjetivo con el prefijo *anti-* (*anticonceptivo*, frente a fr. *contraceptif*). Y por cierto que este capítulo, el de prefijos y sobre todo sufijos, tradicionalmente ausentes de las obras lexicográficas, también está destinado a experimentar un progreso enorme a medida que se vaya completando el NDHE, pues es claro que su sofisticada configuración informática permitirá, por ejemplo, rápidas y completas búsquedas acerca de la historia, pongamos por caso, del sufijo de origen griego *-ista*, o del prefijo *para-*, en nuestra lengua²¹.

Las puntualizaciones críticas antes esbozadas no niegan ni mucho menos el enorme avance que, a medida que se vaya completando, supondrá el NDHE para el conocimiento de la historia de nuestra lengua y, por la parte que nos toca de forma directa, de los préstamos de origen griego, tanto en el nivel léxico como en el de la formación de palabras. Es probable, con todo, que el método histórico del NDHE antes descrito, es decir, su forma estándar de tratar los antecesores de las voces concretas, tenga una influencia limitada en la manera habitual de explicar las etimologías griegas (y también, en menor medida, las latinas cultas) del español en diccionarios y en obras más o menos didácticas o de divulgación, ya sean dirigidas a un público general o a colectivos especializados, con un interés más práctico que erudito en la cuestión (médicos, biólogos, etc.).

Y es fácil entender las razones: si la lengua es ante todo un sistema, una maquinaria organizada, es claro que los numerosos combinemas de origen griego presentes en nuestro vocabulario culto y científico-técnico, aun siendo en gran medida opacos para el hablante común, no por ello dejan de configurar un amplio subsistema particular dentro del léxico, sobre todo desde el punto de vista morfosintáctico (por ejemplo, por formar un tipo peculiar de compuestos), aunque también prosódico (por la gran abundancia de esdrújulos) y fonotáctico (entre otras razones, por tratarse a menudo de voces anormalmente largas). No es menos cierto que el griego ocupa una posición muy especial en relación con el castellano —y con muchas otras lenguas modernas europeas—, en la medida en que la procedencia última o la vía de entrada de un lexema o palabra griega en el español puede obedecer a una amplia y variada casuística histórica, desde voces griegas alojadas en el latín temprano (por vía oral), pasando por los préstamos cultos en latín clásico o populares en latín tardío, bizantinismos con intermediaciones diversas, préstamos en latín medieval o renacentista, acuñaciones en latín científico en el siglo XIX, hasta llegar a los muchos helenismos modernos tomados a través del inglés o el francés. Tanto es así que el concepto mismo de "helenismo" resulta a

²¹ Tarea que en mi libro, por falta de documentación suficiente, no pude llevar a cabo más que de una forma aproximada, casi más sincrónica que realmente histórica.

veces difícil de acotar con nitidez, y corre el peligro de convertirse en una especie de quimera etimológica²².

Con todo, recorriendo algunas entradas y especialmente los cuadros sinópticos desplegados de su “familia”, creo entender que, a pesar de los criterios histórico-etimológicos hasta aquí reseñados, una obra informáticamente tan sofisticada y bien pensada como el NDHE permitirá, en un futuro, hacer búsquedas exhaustivas que puedan recuperar rápidamente, pongamos por caso, todas las palabras españolas en las que aparezca el griego *báros* (βάρος) o *métron* (μέτρον), o en su defecto los formantes españoles *bar(o)* o *metro*, independientemente de cuál sea su vía concreta de entrada en el idioma. Y es que, no ya el helenista, sino el mero hablante, aun de forma inconsciente, tenderá siempre en una materia como esta al razonamiento etimológico en detrimento del histórico; por más que palabras como *metro*, *diámetro*, *metrónomo*, *barómetro* o *tacómetro* hayan podido entrar en el español en épocas muy distintas y procedentes de varias lenguas, antiguas o modernas, romances o germánicas, no por ello dejan de remitir a un elemento y concepto común, de origen griego (μέτρον), y por ello la etimología, en tanto que disciplina razonada y coherente del origen de las palabras, impondrá fácilmente su autoridad, frente a los avatares de la historia factual, caótica e imprevisible por su misma naturaleza.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO-CORTÉS, Ángel (2005), “Lingua ex Oriente: el griego en el español”, *Revista de libros* 98, 37-38.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro (2011), *Los diccionarios del español moderno*, Gijón, Trea.
- BEEKES, Robert (2010), *Etymological Dictionary of Greek*, Leiden-Boston, Brill.
- BEEKES, Robert (2014), *Pre-Greek. Phonology, Morphology, Lexicon*, Leiden, Brill.
- BERGUA CAVERO, Jorge (2004), *Los helenismos del español. Historia y sistema*, Madrid, Gredos.
- COROMINAS, Joan y José Antonio PASCUAL (1980-1991), *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos [citado siempre como DECH].
- COROMINAS, Joan (1973), *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, 3ª ed., Madrid, Gredos [reed. en 2008, con un prólogo de José Antonio PASCUAL].
- DECH: ver COROMINAS y PASCUAL (1980-1991).
- DE VAAN, Michiel (2008), *Etymological Dictionary of Latin and the other Italic Languages*, Leiden-Boston, Brill.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1985), *Diccionario etimológico español e hispánico*, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe.
- GARCÍA YEBRA, Valentín (1999), *Diccionario de galicismos: prosódicos y morfológicos*, Madrid, Gredos.
- LAPESA, Rafael (1992), *Léxico e historia. II, Diccionarios*, Madrid, Istmo.
- MALKIEL, Yakov (1976), *Etymological Dictionaries. A tentative typology*, Chicago-Londres, Univ. of Chicago Press.

²² Como señaló en su momento ALONSO-CORTÉS (2005) 37-38.

- MEYER-LÜBKE, Wilhelm (1935), *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, 3ª ed., Heidelberg, C. Winter.
- NDHE: véase PASCUAL.
- NIETO BALLESTER, Emilio (2017), *Introducción a la etimología*, Madrid, Síntesis.
- PASCUAL, José Antonio (dir.), *Nuevo diccionario histórico del español*, NDHE [en línea]. Disponible en <http://web.frl.es/DH/org/login/Inicio.view>.
- PHARIES, David (2002), *Diccionario etimológico de los sufijos españoles y de otros elementos finales*, Madrid, Gredos.
- POKORNY, Julius (1959), *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Tubinga-Basilea, A. Francke.
- PORTO DAPENA, José Álvaro (2000), “Diccionarios históricos y etimológicos del español”, en I. AHUMADA, I. (ed.), *Cinco siglos de lexicografía del español*, Jaén, Universidad, 103-125.
- REY, Alain (dir.) (2016), *Dictionnaire historique de la langue française*, 2ª ed., París, Le Robert.
- ROBERTS Edward A. y Bárbara PASTOR (1997), *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid, Alianza Editorial.
- SALAS, Pilar y Abelardo TORRES MORCILLO (2015), “Aproximación a los fundamentos del NDHE a través de las herramientas informáticas usadas en su elaboración y presentación”, *Estudios de Lexicografía 3* (Monográfico sobre el NDHE, dirigido por J. Antonio PASCUAL), 15-69.
- SECO, Manuel (1992), “Los diccionarios históricos”, en I. AHUMADA (ed.), *Diccionarios españoles: contenido y aplicaciones*, Jaén, Facultad de Humanidades, 93-107.
- WATKINS, Calvert (2011), *The American Heritage Dictionary of Indo-European Roots*, 3ª ed., Boston, Houghton Mifflin Harcourt.